



Palabras de inicio del ministerio episcopal 2/3/2024

Comienzo hoy, junto a ustedes, el ministerio episcopal, con confianza, entusiasmo y humildad. No quiero alargarme mucho, ya tendremos tiempo de conocernos, escucharnos y dialogar juntos. Simplemente deseo presentarles un triple anhelo en palabras del Beato Cardenal Eduardo Pironio: el de ser una Iglesia orante, fraterna y misionera:

Una Iglesia Orante:

Providencialmente, el Papa Francisco nos invita a dedicar este año a la **oración**, como preparación al jubileo del 2025. Hace unos meses, en un encuentro internacional de Santuarios, el Papa decía: **“Fomentar en los peregrinos la experiencia del silencio contemplativo -y no es fácil-, del silencio adorante, significa ayudarles a fijar su mirada en lo esencial de la fe. La adoración no es un alejamiento de la vida, sino el espacio para dar sentido a todo, para recibir el don del amor de Dios y poder testimoniarlo en la caridad fraterna... Renovemos cada día la alegría y el compromiso de ser hombres y mujeres de oración.”**

Hace un tiempo, decía un sacerdote amigo: *Si el Papa nos envía a las periferias, necesitamos, entonces, una andadura espiritual fuerte. Si estamos en el frente de batalla, no podemos ir así nomás, necesitamos raíces y cimientos, una honda espiritualidad...*

Qué hermoso que nuestras comunidades sean escuelas y casas de oración, reposada, silenciosa y contemplativa, que nos estimulen para la entrega y el servicio desinteresado al prójimo...

Una Iglesia Fraterna:

“Permanezcan en mi amor”, es mi lema episcopal. Un imperativo de Jesús a sus discípulos, que nos anima a permanecer juntos, unidos (como los sarmientos a la vid), en comunión con Él y entre nosotros, sostenidos **en un mismo amor, en una única pasión.**

En un mundo dividido por las guerras, la violencia, los fanatismos, las intolerancias, el maltrato, los pensamientos únicos, las ideologías, Jesús nos invita al amor, al perdón, a la reconciliación, a la aceptación incondicional del que no piensa como nosotros, en apertura constante al hermano, sin pretender acomodarlo a nuestras ideas, pensamientos o exigencias; siendo artesanos de la **cultura del encuentro.**

La sinceridad, la claridad, la transparencia, la sencillez evangélica en el trato, en las relaciones sanas, en la misión compartida, la corresponsabilidad, la sensibilidad evangélica, el discernimiento para estar donde hay que estar, en atención, sin prisas, con un modo sagrado de estar, de irradiar, de ofrecer y ofrecernos...

Caminando juntos, en la escucha y el aprendizaje mutuos...

“Sean uno para que el mundo crea”: Nuestra fraternidad ya es de por sí misionera, nuestro modo de amarnos ya tiene sabor a Evangelio, irradia, contagia, atrae. Por el contrario, las críticas, chismes, envidias, luchas de poder, divisiones, comparaciones,

alejan y escandalizan a los pequeños. El buen espíritu une y comparte, suma, incluye, valora. El mal espíritu, en cambio, aísla, recluye, emite juicios implacables, con reduccionismos y prejuicios, seduce con personalismos narcisistas, que avasallan, propios de patrones de estancia y no de discípulos misioneros...

La misión es para la comunión, para hacernos uno con Dios, entre nosotros y con toda la creación. "A fin de que Dios sea todo en todos" ...

La diferencia ya no es amenaza sino una riqueza, como ocurre con las Personas divinas en el seno Trinitario... El Espíritu es el que une, el diablo es el que divide... Somos de la luz, no pertenecemos a las tinieblas del chisme, la crítica, la difamación y la descalificación...

Una Iglesia Misionera:

Una Iglesia no instalada, ni acomodada en el "siempre se hizo así", sino en camino, arriesgada, dispuesta a ser herida, en constante salida hacia las periferias, con todos y para todos, es la invitación del Papa en este tiempo. Sin dejar a nadie afuera. Todos importantes, necesarios y **corresponsables** en la misión. Asumiendo con madurez nuestro lugar en la Iglesia, nuestro aporte único y valioso en esta sociedad que necesita de Dios y de la frescura evangélica. El mundo tiene derecho a la Buena Noticia de Dios, a escuchar hablar de Jesús, a recibir un testimonio claro y contundente de que "conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona, que haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y que darlo a conocer con nuestra palabra y obras es nuestro gozo" (DA 29).

Estamos llamados a aprovechar la fuerza de la religiosidad popular, donde –según el decir del Papa Benedicto XVI– aparece el alma de los pueblos latinoamericanos, donde está presente, actúa y anima el Espíritu Santo, reconociéndola como fuerza activa con la que el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo (DP 450).

Jesús nos envía como comunidad misionera, a hacernos **cercanos, tiernos y compasivos** con todo aquel que sufre, para llevar consuelo y esperanza para los que más están padeciendo en este momento en nuestra Patria, dando una respuesta concreta y efectiva ante el hambre, la falta de trabajo, el narcotráfico, el sin sentido, la violencia y la desesperanza.

Una comunidad misionera que lleve adelante acciones de prevención frente a la droga y la delincuencia que quitan la vida de nuestros jóvenes, llenando de oscuridad y tristeza a nuestras familias, para que no haya más víctimas como Nicolás ni Tomás, ni tantos otros en nuestra zona, ni en ninguna otra parte.

Una comunidad misionera que responda con acciones comprometidas en favor de la naturaleza, a la que Dios nos invita a contemplar y cuidar como nuestra casa común, como don de Dios para todos y no sólo para unos pocos, sobre todo en estos lugares de belleza natural tan elegidos por muchos para descansar...

Ante la propuesta de una sociedad de consumo, del bienestar personal, de la ambición posesiva y desmedida, del sálvate a ti mismo, del pare de sufrir, Jesús nos propone el camino de la entrega, del olvido de sí, de tocar la carne sufriente de Cristo, haciéndonos cargo del dolor del hermano, sin mirar para otro lado. Y esto de manera conjunta y comunitaria, no como francotiradores, ni clericalismos inmaduros, ni personalismos que encandilan, pero no iluminan; sino como una red de comunión, como discípulos misioneros de Aquel que pasó por este mundo haciendo el bien.

Me incorporo a una Iglesia con un modo propio, con una historia y camino de fe muy bello y valioso. Quiero sumarme como un eslabón más en esta historia de salvación que Dios ya viene tejiendo hace tiempo. Quiero aprender de ustedes su riqueza y originalidad, quiero descalzarme para andar esta tierra santa a la que Dios ahora me trajo. Les pido que me corrijan cada vez que me equivoque, que nunca falte la palabra clara y transparente, que podamos discernir juntos los caminos del Espíritu para nuestra diócesis en este momento de la historia, para poder dar nuestro aporte original a nuestro mundo, para poder enriquecer con nuestros dones a tantos que visitan estas tierras para hacer un alto en sus ajetreadas vidas, para tantos que también transitan nuestras rutas y pueblos para trabajar y ganarse el pan cotidiano.

Dios quiera que podamos responder juntos a este sueño de Jesús de ser una diócesis orante, fraterna y misionera, de la mano de la Virgen de la Merced, creciendo en libertad y liberando a tantos oprimidos por el mal. Con la guía y el ejemplo martirial de Juan el Bautista, que señaló con valentía a Jesús, la Víctima inocente, el Cordero de Dios; que disminuyó él, para que creciera su Maestro, que fue perseguido y asesinado por no callar la verdad, para que, como él, seamos testigos de la Luz que disipa toda oscuridad y tinieblas. Que así sea...



+ Padre Juan Ignacio Liébana
Obispo de Chascomús